

... el sitio donde fueran las cosas...
... que se atraviesan tantas distancias sin...
... curso de...
... avanzándose de todo lo que...
... los ha ido recorriendo...
... En vano buscan el estudio y...
... el mundo...

VAMOS ANDANDO.

La vida es un espacio que recorreremos por medio de caminos de hierro, y así vamos, como es natural, de estacion en estacion.

La rapidez de este viaje se conoce en que apenas hemos salido de una, cuando nos encontramos en otra.

Esta vez la infatigable locomotora nos ha puesto casi de repente en la fastuosa estacion del verano.

Los que no han salido nunca de su casa; los que no han llevado sus pasos más allá de las tapias de su pueblo, ni han extendido sus miradas al otro lado de las montañas que los han visto nacer; esos seres que parecen plantados en la tierra como los árboles, creerán que no han viajado nunca.

No saben que ellos corren el mundo como los

renglones de una carta, sin abandonar ni un momento el sitio donde fueron escritos.

Ignoran que las cosas están dispuestas de modo que se atraviesan largas distancias sin moverse de un sitio.

Difícil sería hacerles entender que en el transcurso de este largo viaje han ido sucesivamente alejándose de todo lo que también sucesivamente los ha ido rodeando.

En vano llegan al otoño y atraviesan el invierno y cruzan la primavera y entran en el verano.

En vano se cambia la temperatura, el aire, las nubes, las plantas, la luz y el cielo.

Se han empeñado en que no se mueven, porque los ríos, las montañas, los valles ó las llanuras en que han nacido, los siguen por todas partes.

Viajeros inocentes que hacen viajar á la naturaleza entera, para persuadirse de que ellos no se mueven.

Se creen siempre en el mismo lugar, porque no han cambiado de coche.

Hacemos con las estaciones que atravesamos lo que nuestros sentidos hacen con los objetos que vemos, siempre que nos arrastra un movimiento rápido.

Parece que son ellos los que vienen, cuando somos nosotros los que vamos.

Se nos figura que son ellos los que huyen, cuando somos nosotros los que nos alejamos.

El tiempo es una cosa verdaderamente admirable. Nos lleva sin sentir á la primavera, al verano, al otoño y al invierno. Viaje continuo en el que no gastamos más que la vida.

Esta expedición empieza en la cuna.

Entramos en la infancia con los ojos vendados, como un ciego que no sabe dónde lo llevan.

La infancia, país encantado, lleno de flores, de luces, de perfumes y de armonías.

Penetramos en él como en un sueño.

Al despertar nos encontramos á una inmensa distancia del punto de donde partimos.

Como si fuéramos personajes desconocidos, el amigo que ha jugado con nosotros en nuestra misma cuna, nos mira con desconfianza.

La niña que nos rodeaba con sus brazos y dormía junto á nosotros, baja los ojos al verno.

Las mujeres no nos sientan ya sobre sus rodillas, ni nos duermen al calor de su seno.

Los hombres recatan sus palabras de nuestros oídos.

El padre se ha transformado en juez, el hermano en espía, y hasta la madre disimula los dulces movimientos de su cariño.

El álamo que levanta sus ramas á la puerta de

la casa ó en un extremo de la huerta, no es ya el terrible gigante que se lleva de noche á los niños que lloran.

El viento que golpea impaciente las maderas de las ventanas, no es ya el espíritu enemigo de los niños que no se duermen.

El rocío no es ya el llanto que los ángeles derraman, porque los niños son malos.

Ya no salta el agua, precipitándose por entre las piedras, enfadada de los niños que no quieren lavarse.

Ya hemos salido de aquel país encantado en que se crían los misteriosos pájaros que todo lo cuentan.

Hemos pasado á otra parte del mundo en que los árboles no son más que un conjunto de troncos, ramas y hojas, el viento viento, el agua agua y el niño hombre.

¿Quereis saber la inmensa extension de la distancia que hemos atravesado? Pues sabed que no hay nada tan lejos como aquello que no tenemos esperanza de volver á ver.

Salimos de un país en que todo nos engañaba, los árboles, el viento, el rocío, el agua y los pájaros.

Ahora ya vamos con los ojos abiertos.

Prosigamos nuestro viaje.

La inocencia pone una venda en los ojos de la infancia, pero hemos llegado á la juventud y la venda ha caído de nuestros ojos.

Esto es verdad, mas llegan las pasiones y ponen á su vez otra venda en los ojos de la juventud. Hemos abierto los ojos un instante para volver á cerrarlos.

Entramos á tientas en ese país magnífico en que todas las mujeres son hermosas.

Aquí el mundo está en una mirada, el cielo en un suspiro, la felicidad en una palabra, la fé en una sonrisa.

Una mujer no es una mujer, como antes el árbol no era un árbol, ni el agua era el agua.

Aquí una mujer es verdaderamente un tesoro.

Cualquiera de ellas reúne todas las riquezas del universo.

Tienen los dientes de perlas, los labios de rosa, las mejillas de nácar, el cabello de ébano ó de oro, las pestañas de seda y el aliento de ámbar.

¡Los placeres son tan hermosos! ¡Las pasiones son tan profundas!

Nos hemos soltado de los brazos de una madre, para arrojarnos en los brazos de una mujer. Esa es la distancia que hemos corrido.

Pero es imposible detenerse; el tiempo urge; la

infatigable locomotora sigue, y la vida nos grita: «anda.»

Nuevo país se presenta á nuestros ojos.

Ya no son hermosas todas las mujeres: los dientes de perlas son muy raros; los cabellos no son más que negros ó rubios.

Solo las mujeres ricas son un tesoro y las mujeres buenas una felicidad.

En esta parte del mundo, el mundo ya es otro mundo.

Cada uno se coloca lo mejor que puede para continuar el viaje, restregándose los ojos como el que despierta de un sueño, y volviendo la cabeza para despedirse de la juventud, exclama: ¡pobre loca!

Ya todo lo que resta de camino es cuesta abajo, á pesar de que á todos se nos hace muy cuesta arriba.

Cuanto nos rodea se va transformando insensiblemente á nuestros ojos: los hombres son distintos de los que hemos conocido hasta entonces; las cosas suceden de diversa manera que antes; encontramos otras costumbres, otro lenguaje, otras leyes, otra naturaleza.

En el país que dejamos á nuestra espalda una pasión era una felicidad; aquí una pasión empieza á ser una desgracia.

Los horizontes que nos rodean son otros; el clima es tan frío que se hiela el alma.

Es preciso morirse muy joven para no llegar á esta parte del mundo.

Si uno pudiera detenerse un momento, si pudiera apearse de la vida y colocarse á un lado del camino, entonces veria la rapidez con que cruza esta inagotable caravana.

Los viajes ilustran, y por eso el hombre al llegar al término de su carrera ha recojido toda esa profunda sabiduría, que se llama experiencia.

Ciencia cruel, que nos abre sus secretos cuando ya no los necesitamos.

Libro siempre antiguo y siempre nuevo, que solo leemos pocos años antes de morir.

Todos viajamos: así se ve que morir no es más que desnudarse el traje estropeado del camino para entrar en nuestra casa.

Las poblaciones tambien andan.

Esos montones de piedra ordenados que se llaman ciudades, hacen tambien su camino sobre la superficie de la tierra.

Unas se resbalan poco á poco por la falda de la montaña en cuya cima tuvieron su cuna, abandonando con desden los ruinosos muros de algun castillo que les sirvió de amparo.

Otras hinchadas de gente serpentean por las si-

nuosidades de un valle, buscando una llanura donde derramarse.

Algunas vuelven la espalda al rio que las abrazó al nacer y se abren paso rompiendo su corona de árboles.

Las hay que se las vé retirarse del mar, como un viejo marino, saltando por encima de las murallas, como una tripulacion que desembarca.

Y las hay tambien que se van acercando caprichosamente á las playas, con esos movimientos graciosos y sueltos con que la mayor parte de las mujeres jóvenes se acercan á un espejo.

No hay ninguna ciudad antigua que no haya mudado de domicilio.

No hay ninguna poblacion moderna que no indique el camino que se propone seguir.

Madrid agrupado al pié de su alcázar y medio recostado sobre la orilla del Manzanares, ha permanecido mucho tiempo sin saber qué hacer.

Su primera intencion parece que fué dirigirse á Toledo.

Casa á casa, como si dijéramos paso á paso, y en línea recta emprendió su viaje.

De repente se detuvo.

El rio le salió al encuentro.

Madrid empezó á reflexionar: estaba cortado.

La calle de Toledo hizo alto.

Después de una larga meditacion resolvió no pasar adelante.

Buscando después una salida, tropezó con la Puerta del Sol, la deshizo y se derramó en todas direcciones.

Esta vez parecia decidido á no parar hasta Alcalá.

El retiro se tendió en medio de su camino y le cerró el paso.

La carrera de San Gerónimo, la calle de Alcalá y la calle de Atocha se cruzaron de brazos.

Desde la altura de la Red de San Luis tendió Madrid dos calles rectas y paralelas como unos gemelos.

Miró, vió y triunfó.

La puerta de Bilbao y la puerta de Santa Bárbara fueron dos rayos de luz.

Por toda la extension de Recoletos se sembraron cimientos y han empezado á nacer palacios.

La calle Ancha de San Bernardo se alarga como una culebra; la de Fuencarral ha saltado por encima de la puerta; la de Hortaleza ha puesto sus avanzadas á gran distancia.

Toda esta parte de campo se ha cruzado de caminos para que Madrid pase.

Estos caminos son presentimientos de calles futuras.

La fuente Castellana parece el punto que se trata de envolver.

Chamberí no tiene remedio. La capital de la monarquía ha puesto en él sus ojos y está como un pájaro en la boca de una serpiente.

¿A dónde vá Madrid?

Las casas salen apiñadas de la poblacion como la gente de un teatro.

Esto es de noche: de dia parece que salen á tomar el sol.

Entre tanto en el seno de la poblacion las casas se empujan piso sobre piso, como si quisieran ver lo que pasa por fuera.

Las calles arrastrando por el movimiento de los edificios saltan de las plazas, se retuercen, se estrechan, se ensanchan, se doblan, suben y bajan, se enlazan y se anudan hasta que conducidas unas por otras, salen al campo con las bocas abiertas como unos fugitivos cansados de correr.

Madrid está en marcha, le ha vuelto la espalda al Manzanares y parece que huye del Palacio real.

¿A dónde vamos?

Cuando se dirigió hácia Toledo, iba indudablemente en busca de una catedral.

Cuando variando de direccion dirigió sus pasos hácia Alcalá, no puede creerse que fuera á bus-

car á las orillas del Henares otra cosa que aquella Universidad memorable.

Hoy se arroja impaciente sobre un campo árido, fabricado sobre arena.

Ya vereis: dentro de poco Chamberí será nuestro, y poco despues Fuencarral habrá caido prisionero.

Madrid no podia desentenderse del movimiento de la época.

El primer pueblo de la monarquía no podia dispensarse de poner sus conquistas á la altura de las conquistas de los tiempos modernos.

¡Chamberí! ¡Fuencarral!

Y además ¿qué camino habia de seguir?

Manzanares no deja que Madrid se ensanche por el Campo del Moro, porque el Manzanares es á Madrid lo que el Estrecho de Gibraltar á España.

Toledo es una triste antigüedad, una especie de arcaismo.

Alcalá ya no tiene aquel cláustro famoso, ni hace falta.

¿A dónde habíamos de ir?

No hay más camino que los alrededores del campo de Guardias. Allí acaban los reos condenados á muerte; allí nació una rebelion condenada á triunfar.

Los pueblos, semejantes al agua, se van por la primera salida que encuentran fácil.

El viaje está emprendido.

Madrid ha hecho decididamente su maleta y se ha puesto en camino.

Esta expedición le ha de costar muy cara.

La razón es muy sencilla.

Los terrenos por donde ha empezado á dar los primeros pasos, van subiendo poco á poco.

Lo diremos aquí en confianza; es una jugada de la tierra.

El campo sabe que sus producciones no pueden entrar en Madrid sin pagar en las puertas algo por arroba, y ha dicho:

Cada pié mio que entre en la población ha de costar un ojo de la cara.

No se deja pisar por la planta de los edificios sino á peso de oro.

¡Hasta el campo al llegar á las tapias de Madrid se vende!

Madrid se parece á un campamento, en que todas son tiendas.

Pero ¿á dónde vamos?

Preciso es restregarse las manos de júbilo, sacudir con orgullo la cabeza y seguir adelante.

Por el camino hablaremos.

Vamos... pero antes volvamos un momento la cabeza atrás.

Todos los pueblos han hecho viajes más ó menos felices.

En la ignorancia de los pueblos antiguos, esas peregrinaciones no podían menos de ser mezquinas.

El punto luminoso que ha puesto en movimiento á los pueblos modernos llamándolos hácia sí, no estaba descubierto todavía.

El primer viaje que se presenta á nuestra memoria es una navegación.

Noé y su familia son los primeros viajeros.

A bordo de un arca sin timón, sin brújula y sin marinos, flotan sobre las revueltas ondas del diluvio días y días, para desembarcar al cabo en las montañas de la Armenia.

El pueblo hebreo sale de las orillas del Nilo, atraviesa el mar Rojo y consume cuarenta años perdido en las soledades del desierto, para venir al fin á parar á la tierra prometida.

Los romanos emprenden una serie continua de peregrinaciones, solo con el objeto de que Roma eche plantas sobre todas las partes del mundo conocidas entonces.

Europa se junta como una familia é invade la Palestina sin más idea que la conquista del Santo Sepulcro.

España se encierra en tres frágiles bajeles y se lanza al Océano, solo por el gusto de decirle á Europa: hé aquí América.

Napoleon paseó á Francia por Italia y por Egipto, para hacerla encontrar el trono de un emperador.

Nosotros vamos más allá.

Las últimas iluminaciones de la sabiduría humana, nos han indicado el punto supremo de todas las aspiraciones, alumbrando nuestro camino.

No vamos como Noé y su familia á las montañas de la Armenia.

No salimos como el pueblo de Israel á buscar la tierra prometida.

No emprendemos nuestro viaje como Roma hácia todas las partes del mundo.

No nos dirigimos como Europa á la Tierra Santa.

No es á América á donde podemos dirigirnos.

No corremos como la Francia de Napoleon detrás de un imperio.

Vamos... preciso es restregarse las manos de júbilo y sacudir la cabeza con orgullo.

¡Oh felicidad! Vamos... á la ventura.

PINTURA, ESCULTURA

Y ARQUITECTURA.

Es un arte la pintura del cual todos tenemos un poco.

¿Quién, por ejemplo, no sabe alguna vez siquiera pintarse las cosas á su gusto?

Desde los espejos que pintan con admirable exactitud cuanto se les pone delante, hasta Rafael, Velazquez y Murillo, todos somos pintores.

¿Quién no se retrata en sus obras y en sus acciones?

En asuntos de perspectiva, ¿quién no se ha dibujado alguna vez el dia de mañana con toda la verdad necesaria para engañarse á sí mismo?

¿Quién no tiene en su vida un rasgo que pinte su corazon ó su pensamiento?

¿Quién no sabe dar color á los cuadros más negros?